

**1**

Mi padre poseía una granja en el lado occidental del Misuri, por debajo del río, donde la meseta de Ozark desciende para unirse a la llanura. Es ésta una región surcada por riachuelos, rica en pastos que, buscando la luz del sol, surgen en medio de valles llenos de arbolado y se extinguen sobre enhiestas rocas calizas. Es una bonita comarca. No despierta admiración, como hacen otras, pero a su modesta manera es una tierra fértil en la que abunda el maíz, los caquis, zarzamoras, nogales negros, hierba de forraje y rosas salvajes. La granja, ochenta hectáreas bañadas por las lentas y parduscas aguas del Little Tebo, se enclava en su centro.

No había aún concluido el siglo XIX cuando mis padres, Matthew y Callie Soames, llegaron por primera vez a la granja. Recién casados, llevaban por todo equipaje una tetera, un colchón de plumas y un par de mulos. Más adelante, se fueron a vivir a una pequeña ciudad donde mi padre era maestro de escuela. A veces regresaban a la granja durante el verano, y al cabo de muchos años se quedaron definitivamente en ella. Pintaron la casa, arreglaron el viejo granero gris, compraron un buey y un depósito de butano, y se instalaron allí todo el año, tan felices como si fueran dos saludables jóvenes de veinte años, en vez de una delicada pareja que pasaba de los setenta.

Mis hermanas y yo solíamos ir a verlos todos los veranos. Jessica llegaba del corazón de los Ozarks; Leonie, de una pequeña ciudad

de Kansas, y yo, de Nueva York, donde trabajaba en televisión, por aquellos tiempos una industria nueva que a mi familia le parecía muy misteriosa. A mí, igual que a mis hermanas, estas visitas me parecían un fastidio anual, como los impuestos sobre la renta. Siempre se nos presentaban otras mil maneras de pasar el tiempo pero, aunque éramos ya mayores, nuestros padres conservaban su autoridad. Exigían el tributo y nosotras lo pagábamos.

Una vez allí, nos sentíamos bastante felices. Volvíamos fácilmente a las viejas costumbres, a las antiguas bromas, pescábamos en el arroyo, comíamos crema de leche, engordábamos, y nos dejábamos vencer por la pereza. Era una temporada de plácida irrealidad. Las vidas que llevábamos en el exterior quedaban suspendidas; los asuntos del mundo, olvidados, y sólo recordábamos nuestra sangre común. No importaba que nuestros valores no fueran ya los mismos, que hubiéramos emprendido caminos distintos; cuando nos encontrábamos en familia, sabíamos disfrutar todos juntos.

Recuerdo particularmente un verano a principios de los años cincuenta. Los maridos de Jessica y Leonie no vinieron; uno era granjero, el otro mecánico, y ninguno de los dos pudo dejar su trabajo. Sólo el hijo de Leonie nos acompañaba. Soames era un muchacho alto y guapo que acababa de cumplir los dieciocho. Al cabo de pocas semanas iba a alistarse en la Fuerza Aérea, y su madre no podía soportar la idea. Cuando se hubiera marchado, quedarían tantas cosas por hacer y tantas por decir que nunca se les volvería a presentar la oportunidad de hacerlas o decirlas. Fue una época triste para los dos, y también para los demás, sobre todo porque todavía continuaba la guerra de Corea. La guerra nos preocupaba mucho y confería a su partida una especial gravedad. No podíamos pensar en una cosa sin pensar en la otra. Y sin embargo, allí, en el corazón del país, tan lejos del mundo exterior, aún era posible no pensar en ninguna de las dos. Carecíamos de periódicos. Nadie nos molestaba con la radio. Las pocas noticias que recibíamos parecían irreales y no nos concernían. Sólo el rugido de los aviones de una base aérea del norte nos recordaba el peligro, y pronto incluso ellos perdieron su aire amenazador. Sus sombras se

deslizaban por los campos y el patio como las sombras de las nubes, apenas más siniestras. La granja era una pequeña isla en un mar de verano. Y aquella guerra lejana en la que tantos jóvenes morían nos preocupaba menos que los disparos recibidos por un viejo.

Esto había sucedido cerca de casa, a un par de kilómetros del camino. A un solitario granjero llamado Corcoran le había disparado unos cuantos tiros su único hijo, un infeliz recientemente licenciado del ejército. Mis padres encontraron al viejo a la mañana siguiente, enroscado debajo de una cama como una alfombra en verano. Lo habían abandonado ahí para que se muriera, pero había sobrevivido, a duras penas. Mis padres lo llevaron en coche a un hospital que quedaba a treinta kilómetros; mi madre, en el asiento trasero, con la cabeza del anciano en el regazo.

Todo esto ocurrió poco antes de nuestra llegada. En nuestro penúltimo día de estancia en la granja, todavía lo comentábamos.

—¡Pobre viejo! —dijo mi madre—. Sería una bendición que se muriese.

—Sí, desde luego —replicó mi padre—. No tiene a nadie que le cuide.

—Era un viejo gruñón, pero no se merece tanto *sufrir*.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté.

—Setenta, al menos —contestó mi madre. Y por el modo en que lo dijo, el hombre podría haber sido su abuelo.

—¿Han cogido al chico? —inquirió Soames.

—Todavía no.

—¿Cómo es posible que llegara a eso?

—No lo sé —repuso mi padre—. Algunos dicen que el viejo era muy duro con él.

—¡Corrían toda clase de chismes! —dijo mi madre—. Que si su padre le dejaba atado en el ahumadero y cosas por el estilo. Nunca me los he creído.

—Habladorías —comentó mi padre—. El viejo siempre se peleaba con la gente y han querido devolvérselas todas. Tenía unos modales bruscos y groseros, pero no era mezquino.

—No, eso no *le* era. En cambio, el chico era raro. No estaba muy en sus cabales. No sé cómo lo admitieron en el ejército.

—Tiene su lógica...—dijo Soames sonriendo y levantándose.

—Eres de lo que no hay —le dijo mamá dándole unas palmadas en las posaderas de los vaqueros—. Dios mío, nos hemos olvidado de calentar agua para lavar los platos.

Así terminó nuestra conversación sobre la violencia en el vecindario. Nos levantamos de la mesa aturridos por todo lo que habíamos comido. El almuerzo había consistido en filete asado, guisantes a la crema, tomates verdes salteados con mantequilla y pastel de azúcar quemado de postre.

—Todo estaba riquísimo —dijo Jessica—. Me gustaría tener tres estómagos, como las vacas.

—A mí también —dijo Leonie. Se comió el último tomate frito de la bandeja.

—¿Después del pastel? —exclamé sorprendida.

—Siempre he de terminar con algo salado.

—Engordarás como un cerdito —dijo mi padre, acariciándole el hombro.

—¿Adónde vas ahora? —preguntó mamá.

—Al porche —repuso papá.

—Bueno, que no *te se* olvide que tienes que ir a la ciudad a buscar hielo..., tú o Soames.

—Iré yo, abuela.

Soames nunca perdía ocasión de conducir mi pequeño coche.

—Pero, cariño —dijo Leonie—, ¿quieres irte ahora a la ciudad? ¿Por qué no te quedas en casa como un buen chico y sigues trabajando en el tejado del granero? Mamá se sentiría muy orgullosa si terminarás tu trabajo.

—Ya lo terminaré.

—Nunca dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Ya sabes que mañana vamos a ir a cortar el árbol de las abejas.

—Ya lo sé.

—Y hay un montón de tablas que no has colocado todavía.

—También lo sé, mamá. Ya me encargaré de ellas.

—No lo harás, si te vas a la ciudad.

—Vamos, déjale ir —interrumpió mi padre—. Hace mucho calor encima de ese tejado, ¿verdad, muchacho? Nos iremos los dos dentro de un rato.

—No volváis muy tarde —dijo mamá—. Queremos hacer la crema antes de que se abran las damas de noche.\*

—Llegaremos a tiempo.

—Bueno, que sea verdad. —Se volvió hacia nosotras—. ¡Al menos se abrirán dos docenas esta noche! He contado los capullos esta mañana. ¡Nunca había visto tantos! Bueno, niñas, ¿qué nos llevaremos para la excursión de mañana? Decidamos.

Lo discutimos mientras lavábamos los platos. Abajo, en el bosque, mi padre había encontrado un árbol hueco en el que las abejas habían instalado su colmena. Al día siguiente íbamos a hacerlas salir con humo, cortar el árbol y recoger la miel silvestre. También pensábamos nadar, pescar y preparar la comida junto al sombreado riachuelo. Papá y mamá habían planeado pasar todo el día en el campo, como alegre colofón de nuestras dos semanas en casa.

Mientras debatíamos las respectivas excelencias de las patatas fritas y la ensalada de patatas, el teléfono de la pared del comedor sonó con dos toques cortos y uno largo.

—Es nuestro teléfono —dijo mamá.

—¡Yo lo cojo! —gritó papá. Un minuto después apareció en la puerta de la cocina—. Mamá, es Jake Latham. Él, Fanny, los Barrow y algunos otros van a ir a la granja de Corcoran mañana. Jake dice que la alfalfa está ya seca y hay que amontonarla ya. Y cree que también conviene recoger los melocotones.

—¿Ah, sí? —La sonrisa de mamá era ligeramente irónica—. Ya era hora de que hicieran algo por él. Ésta será la primera vez.

—Bueno, mejor tarde que nunca. *Absit invidia*.

—Supongo que quieren que vayamos a ayudarles.

—Sí, eso quieren.

—Les habrás dicho que no podemos...

\* En el original inglés se refieren a las *moonflowers* (*Ipomoea alba*), especie de enredadera cuyas flores se abren al anochecer.

## 18 JETTA CARLETON

—Les he dicho que ya vería.

Mamá le miró como si fuera tonto.

—Pero ¡si mañana vamos a cortar el árbol de las abejas!

—Ya lo sé, pero...

—¿No se lo has dicho?

—No...

—¿Por qué?

—Bueno —replicó papá evasivo—, no creo que un árbol lleno de abejas le parezca a Jake una buena excusa.

—¡Bobadas! ¿A quién le importa lo que piense Jake?

—No deberíamos mostrarnos poco dispuestos a colaborar —dijo papá.

—Me parece que son ellos los que colaboran poco. Nunca han hecho nada por él. Bueno, de todos modos, está muy bien que lo hagan ahora. No me importaría ayudar, pero ¿no pueden esperar hasta el lunes?

—Se lo he preguntado a Jake y me ha dicho que no le iba bien.

—Pues mañana no nos va bien a nosotros. Tenemos otros planes.

—Ya lo sé —dijo papá con expresión preocupada—. Odio ir mañana, pero no sé cómo negarme. Vosotros seguid adelante con la excursión; yo iré a la granja de Corcoran.

—Eso no sería justo —replicó Jessica—. ¿Por qué no vamos todos? Tus chicas pueden ayudar.

—¡De ninguna manera! —exclamó mamá—. No va a ir nadie. ¿Cómo vamos a dejar que nos estropeen el día? Son muchos para trabajar, y por una vez pueden pasar sin nosotros.

—Pensarán que somos unos egoístas —previno papá.

—Que piensen lo que quieran. Es el precio que tendremos que pagar.

—Muy bien. Si ésta es tu última palabra, no diré nada más.

Papá se puso el sombrero y se marchó con aire de noble resignación. Se sentía enormemente aliviado. Nosotras terminamos de lavar los platos y mamá se fue arriba a hacer la siesta. Soames se había puesto a trabajar. Leonie salió a decirle lo buen chico que era.

—Pobre Leonie —dijo Jessica—. Parece como si quisiera obligarle a terminar ese tejado.

—Si no se calla —observé—, lo sacaré de quicio y acabará dejándolo todo a medias.

—Sí —repuso Jessica—, y después el pobre chico se sentirá culpable.

—Y se enfadará con ella.

—Y ella pensará que no la quiere, pues de lo contrario la habría complacido.

—Lo mismo que con las lecciones de canto —dije.

Leonie había suplicado, regañado, insistido e intentado todas las estrategias maternas conocidas para convertir a Soames en cantante. No iba desencaminada, porque Soames poseía una bonita voz. Podría haber llegado a ser muy bueno si se lo hubiese propuesto. Pero el canto no le interesaba, como tampoco muchas otras cosas, a excepción del vuelo.

—¡Pobrecillos! —exclamó Jessica—. Me dan tanta pena los dos que casi no la puedo resistir.

—Bueno, procuremos que vuelva aquí y lo deje solo; si podemos, claro. Voy a tocar el piano. Eso la atraerá.

Nos dirigimos a la sala donde estaba el viejo piano y rescatamos unos números muy atrasados de la revista *Étude*. Me decidí por una composición llamada «La atracción de Cupido», una de las que más me gustaban de joven. Tardé un rato en colocar bien los dedos sobre el teclado, y la melodía fue perdiéndose entre los acordes. Leonie acudió en seguida con las manos sobre las orejas.

—¡Vamos! —exclamó—. ¡Más garbo!

Despachó «La atracción de Cupido» con dedos diestros y empezó a tocar otras piezas, algunas canciones —llenas de «¡Oye!» y de «¡Oh!» y de pesares que llegaban cuando caía el manto de la noche— que Jessica y yo interpretamos con el ánimo que requerían. Nos lo estábamos pasando muy bien. Pero, en medio de la juega, un sabueso extraviado que había estado rondando nuestro patio toda la semana empezó a ladrar. Salí a calmarlo.

—¡Pobrecito! —dije—. Me gustaría saber dónde vives.